

## **Política Alimentaria en 2005**

Sergio Britos

Hace más de un año atrás planteábamos en un Editorial CESNI la posibilidad de pensar en el sistema de Asignaciones Familiares como el soporte de un nuevo modelo de Política Social que incluyera o subsumiera a los diferentes y dispersos programas alimentarios financiados por el Gobierno Nacional.

Meses después lanzábamos la Iniciativa “Cuchara, Tenedor y Cuchillo, en Casa” con un sentido similar: promover un cambio estructural en el modelo de programas de asistencia alimentaria que está vigente en Argentina desde hace ya más de veinte años.

Desde el advenimiento de la democracia en 1983, la asistencia alimentaria se sostiene en programas que siempre nacen para cubrir una emergencia, que nunca parece acabar ya que con diferencia de nombres, el viejo programa PAN aún continúa. Se llamó PRANI en algún momento, UNIDOS más tarde, luego PEA y ahora El Hambre más Urgente.

Cuestión que independientemente de las gestiones gubernamentales, la forma en que los programas llegan a la gente siempre es por medio de cajas de alimentos secos o comedores comunitarios.

Reiteradamente hemos escrito, desde esta misma página web, en nuestras publicaciones y hasta en algunos medios gráficos, que tenemos suficiente conocimiento de la epidemiología nutricional como para afirmar que este tipo de programas, aún cuando pueden haber contribuido a mitigar el hambre, no han solucionado ningún problema nutricional estructural.

Entre un 12% y 15% de nuestros niños son desnutridos crónicos, no agudos ni hambrientos sino acortados. Probablemente más de un 25% tienen deficiencias de ingesta de nutrientes comprobables y comprobadas por nuestras encuestas alimentarias (calcio, vitamina A, vitamina C, hierro) y quizá entre un 10% y 15% de los niños tienen sobrepeso.

Ninguno de estos problemas tienen mayor posibilidad de reversión con cajas de alimentos o comedores comunitarios. El principal problema alimentario de los niños pobres y sus familias es la calidad de su dieta, más que la cantidad de comida.

Y la lógica de nuestros programas alimentarios es cantidad, más que calidad.

En 2003 se inició el Programa Nacional de Seguridad Alimentaria “El Hambre más Urgente” y tras más de un año de gestión, los rasgos salientes de su implementación en las provincias son más de lo mismo. El presupuesto 2005 propuesto por el Poder Ejecutivo y recientemente sancionado contempla algo más de 800 millones de pesos para asistencia alimentaria (solo contando el presupuesto del Gobierno Nacional).

De ese total, el 70% se destinará a adquirir o transferir a las provincias unos 15 millones de cajas o módulos alimentarios y a seguir sosteniendo casi 3000 comedores comunitarios.

La excepción son los programas Materno-Infantil (leche fortificada) y ProHuerta, cuyo presupuesto es sin embargo cinco veces menos que el de cajas y comedores.

Mientras continúe este modelo de política de asistencia alimentaria, nuestros niños continuarán siendo petisos y gorditos y en sus casas seguirán siendo innecesarios los cuchillos y tenedores. Con una cuchara y un recipiente para buscar comida del comedor o comer allí es suficiente.

“Cuchara, tenedor y cuchillo” es una apelación a la necesidad de calidad en la dieta de nuestros niños y “en casa” es un llamado a recuperar desde nuestras políticas alimentarias el valor de comer en el hogar, fortaleciendo y no menoscabando el rol de las madres y las familias.

Fortalecer ese rol y volver a comer en casa significa en primer término sostener sus ingresos, liberarlas de los programas asistenciales tradicionales, permitirles que ellas decidan qué comprar y qué comer y acompañarlas con educación alimentaria y con programas de estimulación infantil. Todo ello acompañado de acceso real y oportuno a servicios de salud y educación de calidad.

Una vez más volvemos a insistir en la necesidad de una profunda reformulación de los programas alimentarios, en el marco de una nueva Política Social, que privilegie los mecanismos de transferencia directa de ingresos a las familias y bajo el criterio de la universalidad.

Por esto es que volvemos a reiterar la necesidad de considerar al sistema de Asignaciones Familiares como el soporte de esa nueva Política.

Repasemos: en la actualidad, solo los hijos de trabajadores asalariados, debidamente registrados, cobran una asignación (salario familiar) por hijo que acaba de ser aumentada en un 50%. Tal derecho les es negado a los hijos de trabajadores informales y de desocupados, los más pobres.

De tal manera que los hijos de los pobres solo perciben alimentos secos o raciones de comida en comedores, mientras que los demás un ingreso mensual del orden de \$ 60.

Universalizar la asignación familiar por hijo, independientemente de la posición laboral de sus padres, “atar” el beneficio a la madre como administradora, al control de salud y a la asistencia escolar es un concepto que entendemos mejoraría no solo la cuestión social y la pobreza infantil, otorgaría mayor sentido de equidad distributiva y menor espacio al clientelismo, sino que además podría constituir una mejor intervención alimentaria.

Hemos estudiado en Campana el efecto potencial de una asignación monetaria a las madres, bajo un esquema de tarjetas magnéticas para comprar alimentos versus los programas de cajas de alimentos y demostramos que son las madres, cuando tienen ingresos y pueden comprar, quienes compran más calidad de dieta por unidad de dinero.

Sabemos qué comen nuestros niños y cuáles son sus deficiencias, sabemos cuáles son los principales problemas nutricionales, sabemos cuáles son los desafíos nutricionales de los próximos años, sabemos que los programas actuales no son los mejores y creemos que hay alternativas superadoras.

Ojalá que el año que está comenzando nos encuentre a todos: Gobierno, organizaciones científicas y académicas y sociedad civil, trabajando en pos de mejores políticas para nuestros niños, sus madres y sus familias.